

Después de cenar *yakiniku*, los cuatro habían ido a cantar a un bar con karaoke donde vaciaron una botella de whisky. Eran casi las diez de la noche cuando dieron por terminada su fiesta, modesta pero animada. Cuando salieron del local, Tengo acompañó a Adachi hasta el edificio en que vivía. La parada del autobús que llevaba a la estación se encontraba cerca del edificio, y las otras dos enfermeras lo habían empujado discretamente a que acompañara a Adachi. Los dos caminaron por las calles desiertas, uno al lado del otro, durante unos quince minutos.

–¡Tengo, Tengo, Tengo! –canturreó la enfermera Adachi–. Qué nombre más bonito... Tengo... Es tan fácil pronunciarlo...

Adachi había bebido bastante, pero como siempre tenía las mejillas sonrosadas, era difícil juzgar el grado de embriaguez sólo mirándole al rostro. Articulaba con claridad el final de las frases y no andaba con pasos vacilantes. No parecía borracha. Sin embargo, cada uno, cuando se emborracha, lo manifiesta a su modo.

–Pues a mí siempre me ha parecido un nombre raro –dijo Tengo.

–No tiene nada de raro. Tengo... Suena bien y es fácil de recordar. Sí señor, es un nombre estupendo.

–Por cierto, sé tu apellido, pero aún no me has dicho tu nombre. Aunque todas te llaman Kuu, ¿verdad?

–Kuu es un diminutivo. Me llamo Kumi Adachi. Un nombre bastante soso, ¿no crees?

–*Kumi Adachi* –probó a decir Tengo–. No está mal. Compacto y sin adornos superfluos.

–¡Vaya! –dijo Kumi Adachi–. Dicho así, parece que estés hablando de un Honda Civic.

–Era un piropo.

–Ya lo sé. Además, consumo poco... –bromeó, y le tomó de la

mano-. ¿Te importa? Caminar juntos de la mano me relaja y, en cierto modo, me parece divertido.

-No me importa, claro que no -contestó Tengo. Cuando Kumi Adachi lo cogió de la mano, se acordó de Aomame y del aula del colegio. El tacto era diferente. Pero, por alguna razón, tenían algo en común.

-Creo que estoy borracha -dijo Kumi Adachi.

-¿En serio?

-En serio.

Tengo se volvió para mirar el rostro de la enfermera y lo observó de perfil.

-Pues no pareces borracha.

-Porque no se me nota. Pero creo que estoy bastante borracha.

-Bueno, la verdad es que hemos pillado una buena cogorza.

-Es verdad. Hacía mucho que no bebía tanto.

-De vez en cuando no viene mal -dijo, repitiendo lo que le había dicho Tamura ese mismo día.

-Claro -dijo Kumi Adachi asintiendo con convicción-. Todo el mundo lo necesita de vez en cuando. Darse una buena comilona, tomarse unas copas, cantar a grito pelado y charlar de tonterías. A lo mejor tú también lo necesitabas. ¿A ti no te pasa que a veces, para escapar del engranaje, necesitas despejar la cabeza? Siempre se te ve tan tranquilo y serio...

Tengo reflexionó. ¿Había hecho algo para divertirse últimamente? No lo recordaba. Si no lo recordaba, seguramente querría decir que no. Tal vez lo que pasaba era que no solía sentir la necesidad de «escapar del engranaje».

[...]

-Oye, Tengo, ¿has probado el hachís?

-¿Hachís?

-Resina de cannabis.

Tengo aspiró el aire nocturno para luego exhalarlo.

-No, nunca.

-¿Te apetece probarlo? -sugirió Kumi Adachi-. Los dos juntos. Tengo en mi casa.

-¿Tienes hachís?

-Sí, ¿a que no te lo esperabas?

-Pues no -contestó Tengo sin demasiado entusiasmo. Aquella enfermera joven de mejillas sonrosadas y aspecto saludable, que vivía en un pequeño pueblo en la costa de Bōsō, escondía hachís en su piso.

Y ahora le proponía a Tengo fumarlo juntos-. ¿De dónde lo has sacado? -preguntó.

-Una amiga de cuando iba al instituto me lo regaló el mes pasado por mi cumpleaños. Fue a la India y me lo trajo de recuerdo -dijo Kumi Adachi, balanceando con fuerza la mano de Tengo, como si fuera un columpio.

[...]

Se notaba que el piso lo ocupaban dos hermanas veinteañeras. Tenía dos pequeños dormitorios y una cocina-comedor que daba a una pequeña salita. El mobiliario parecía proceder de distintos sitios, por lo que carecía de estilo y de personalidad. Encima de la mesa del comedor, de formica, habían colocado una llamativa lámpara Tiffany de imitación que quedaba fuera de lugar. Al abrir hacia los lados la cortina de florecitas, por la ventana Tengo divisó algunos huertos y, más allá, algo que parecía una arboleda oscura. Tenía buenas vistas, sin nada que estorbara la visión. El paisaje, sin embargo, no era demasiado cautivador.

Kumi Adachi indicó a Tengo que se sentara en el sofá de dos plazas que había en la salita. Un pequeño sofá rojo chillón, frente al cual había un televisor. Luego sacó una lata de cerveza Sapporo de la nevera y la dejó delante de él, junto con un vaso.

-Voy a ponerme algo más cómodo. Espera un momento, enseguida vuelvo.

Pero tardó bastante en regresar. Al otro lado de la puerta de su dormitorio, al que se llegaba por un angosto pasillo, de vez en cuando se oía cierto trajín. Como si la chica abriera y cerrara cajones de una cómoda que corrían mal. También se oyó el estruendo de un objeto al caer al suelo. Cada vez que oía un ruido, Tengo no podía evitar mirar hacia allí. Quizás estaba más borracha de lo que parecía. A través de la fina pared oyó en el piso contiguo voces procedentes de un televisor. No entendía lo que decían, pero parecía un programa de humor, ya que cada diez o quince segundos se oían las carcajadas del público. Tengo se dijo que debería haber rechazado la invitación. Pero, al mismo tiempo, en su interior, tenía la sensación de que había sido arrastrado de manera ineludible a aquel lugar.

El sofá era de mala calidad y el tapizado irritaba la piel. También debía de estar mal diseñado, porque por mucho que se retorciera, no conseguía encontrar una posición cómoda, y su malestar iba en aumento. Bebió un trago de cerveza y cogió el mando a distancia del tele-

visor, que estaba sobre la mesa. Estudió el mando como si se tratase de una rareza y luego presionó un botón para encender el aparato. Tras zapear una y otra vez, se decidió por un reportaje sobre el ferrocarril australiano, que daban en la NHK. Comparado con el resto, era el programa más silencioso. Con una música de oboe de fondo, una presentadora de voz serena mostraba un lujoso coche cama del ferrocarril que cruzaba Australia.

Sentado en el incómodo sofá, mientras, aburrido, seguía las imágenes de la pantalla con la mirada, Tengo pensaba en *La crisálida de aire*. Kumi Adachi no sabía hasta qué punto él había colaborado en la redacción la novela. Pero no importaba. El problema era que él mismo, a pesar de haber descrito al detalle la crisálida de aire, apenas sabía nada sobre ella. Cuando se puso a reescribir *La crisálida de aire*, no tenía ni la más remota idea de qué era la crisálida de aire y de qué significaban *mother* y *daughter*, y ahora seguía sin tenerla. Aun así, a Kumi le había gustado el libro y se lo había leído tres veces. ¿Cómo era posible?

Kumi Adachi volvió cuando explicaban en qué consistía el menú del desayuno que ofrecían en el vagón restaurante. Se sentó en el sofá, al lado de Tengo. El asiento era estrecho, de modo que quedaron pegados, hombro contra hombro. Ella se había puesto una amplia camiseta de manga larga y unos pantalones cortos de algodón de colores claros. La camiseta tenía un gran *smiley* estampado. La última vez que Tengo había visto un *smiley* fue a principios de los años setenta. La época en que las ensordecedoras canciones de Grand Funk Railroad hacían temblar las gramolas. Sin embargo, no parecía una camiseta tan vieja. ¿Habría gente en alguna parte que siguiera fabricando camisetas con *smileys*?

Kumi Adachi fue a sacar otra cerveza de la nevera, tiró de la anilla, la destapó haciendo ruido, la vertió en un vaso y se bebió casi un tercio de un trago. Luego entornó los ojos como una gata satisfecha. A continuación, señaló la pantalla del televisor. El tren avanzaba recto sobre unos raíles tendidos entre grandes montañas rocosas de color rojizo.

—¿Dónde es eso?

—En Australia —respondió Tengo.

—Australia —repitió Kumi Adachi como si rebuscara en su memoria—. ¿Australia, en el hemisferio sur?

—Sí, donde hay tantos canguros.

—Una amiga mía estuvo en Australia —dijo Kumi frotándose el ra-

billo del ojo con un dedo-. Me contó que había ido justo en la época de apareamiento de los canguros y que, en una ciudad, pudo ver a los animales *en plena faena*. En un parque, en las calles, en todas partes.

Tengo pensó que debía decir algo sobre la anécdota, pero no se le ocurría nada. Entonces apagó el televisor con el mando. De pronto se hizo el silencio en la salita. Cuando se dio cuenta, el sonido del televisor en el piso de al lado también había dejado de oírse. Excepto por el ocasional paso de algún vehículo por delante del edificio, era una noche silenciosa. Únicamente, si se prestaba atención, podía oírse a lo lejos un sonido que llegaba apagado. No sabía de dónde procedía, pero parecía seguir una cadencia regular. De vez en cuando se detenía y, tras una breve pausa, recomenzaba.

-Es un búho. Vive en un bosque cercano y de noche siempre ulula -dijo la enfermera.

-Un búho -repitió Tengo distraídamente.

Kumi Adachi inclinó la cabeza, la apoyó sobre el hombro de Tengo y sin decir nada le tomó una mano. Su cabello cosquilleó en el cuello de Tengo. El sofá seguía siendo muy incómodo. El búho ululaba insinuante en medio del bosque. A Tengo le pareció que sonaba como un mensaje de aliento y, a la par, una advertencia. O, también, como una advertencia alentadora. Era un sonido muy ambiguo.

-Dime, Tengo, ¿te parezco demasiado echada para adelante? -le preguntó Kumi Adachi.

Tengo no le contestó.

-¿No tienes novio? -preguntó a su vez.

-Ésa es una cuestión complicada -dijo ella con gesto serio-. Aquí los chicos decentes suelen irse a Tokio al terminar el instituto, porque en esta zona no hay buenas universidades ni trabajos dignos. ¡Qué se le va a hacer!

-Pero tú te has quedado.

-Sí. El sueldo no es ninguna maravilla y, para lo que pagan, es un trabajo pesado, pero la vida aquí me gusta. El único problema es que no es fácil encontrar novio, ¿sabes? Cuesta encontrar a la persona idónea.

Las agujas del reloj de pared indicaban que faltaba poco para las once: la hora límite para que no se encontrara cerrado el *ryokan*. Pero a Tengo le costaba levantarse de aquel incómodo sofá. Las fuerzas no le respondían. Quizá se debiera a la forma del sofá. O, tal vez, a que estaba más borracho de lo que creía. Se quedó contemplando la luz de la lámpara Tiffany de imitación, mientras entreoía el ulular del búho

y notaba que el cabello de Kumi Adachi le cosquilleaba en el cuello.

[...]

El mundo que los rodeaba no dio muestras de haberse transformado. Los colores, las formas, los olores eran los mismos. El búho seguía ululando en medio de la arboleda y, al igual que antes, el cabello de Kumi le pinchaba en el cuello. Tampoco notaba que el sofá se hubiera vuelto más cómodo. El segundero del reloj seguía avanzando a la misma velocidad y, en la televisión, todavía se partían de risa con algún chiste. Una risa de esas que, por más que uno se ría, no proporcionan la felicidad.

–No noto nada –dijo Tengo–. A lo mejor es que a mí no me hace efecto...

Kumi Adachi le dio dos golpecitos en la rodilla.

–Tranquilo, es que tarda un poco.

Así fue. Al cabo de un rato, en su interior oyó un *clac*, como si hubieran accionado un interruptor secreto, y entonces en su cabeza algo blando se sacudió. Era como si moviesen un cuenco de gachas de arroz hacia los lados. Notó que sus sesos se zarandeaban. Era la primera vez que experimentaba eso: sentía el cerebro como una sustancia; percibía su viscosidad. El profundo ulular del búho le entró en los oídos, se mezcló con las gachas y ambos se fundieron por completo.

–Tengo un búho dentro de mí –dijo. Ahora el búho se había convertido en una parte de su mente. Una parte vital y difícil de separar del resto.

–El búho es el dios tutelar del bosque, lo sabe todo, y nos ofrecerá la sabiduría de la noche –dijo Kumi Adachi.

Pero ¿dónde y cómo debía buscar esa sabiduría? El búho estaba en todos lados y en ninguna parte.

–No se me ocurre ninguna pregunta que hacerle –dijo Tengo.

Kumi Adachi lo tomó de la mano.

–No hacen falta preguntas. Basta con que entres en el bosque. Así es mucho más fácil.

Volvieron a oírse las risas del programa de televisión, procedentes del otro lado de la pared. El público rompió en aplausos. Seguro que, fuera del alcance de las cámaras, uno de los asistentes de la cadena mostraba carteles hacia el público con indicaciones como RISA o APLAUSOS. Tengo cerró los ojos y pensó en el bosque. «Me adentraré en él. Las tenebrosas profundidades del bosque son el territorio de la Little People. Pero allí también está el búho. El búho lo sabe todo y me

proporcionará la sabiduría de la noche.»

De improviso, todos los sonidos cesaron. Era como si alguien se hubiera acercado por detrás de él y, sigilosamente, le hubiera puesto unos tapones en los oídos. Alguien, en algún lugar, había colocado una tapadera, y otra persona, en otro lugar, había destapado otra. La salida y la entrada se habían intercambiado.

En cuestión de segundos, Tengo se encontró en el aula de la escuela primaria.

Por la ventana abierta de par en par entraban las voces de los niños que jugaban en el patio. De pronto, una ráfaga de aire meció las cortinas blancas. A su lado, Aomame lo agarraba de la mano. Era la misma escena de siempre, pero había algo diferente. Todo lo que veían sus ojos había adquirido una textura granulosa de tal frescura y nitidez que apenas era reconocible. Distinguía vívidamente el contorno y la forma de las cosas, hasta en sus menores detalles. Estirando un poco la mano, podía tocarlo todo. Y el olor de aquella tarde de comienzos de invierno penetró con fuerza en sus fosas nasales. Como si hubieran arrancado bruscamente el manto que hasta entonces lo cubría. Olor real. Olor a una estación que materializaba sus recuerdos. Olor a pizarra, olor a la lejía que utilizaban para limpiar, olor a la hojarasca que, en un rincón del patio, quemaban en un incinerador: todos los olores se entremezclaban fundiéndose en uno. Cuando aspiraba esos olores hasta lo más hondo de sus pulmones, sentía que su corazón iba ensanchándose y haciéndose más profundo. La estructura de su cuerpo se reorganizaba en silencio. Sus latidos dejaban de ser sólo latidos.

Durante un instante, las puertas del tiempo se abrieron hacia su interior. La vieja luz se mezcló con la nueva luz. El viejo aire se mezcló con el nuevo aire. «Son *esta* luz y *este* aire», pensó Tengo. Ahora sí, todo encajaba. O *casi* todo. «¿Cómo no he sido capaz de recordar estos olores hasta ahora? A pesar de ser tan sencillo. A pesar de que se encontraban en *este* mundo.»

–Quería verte –le dijo a Aomame. La voz de Tengo sonaba distante y amortiguada. Pero, sin duda, era su voz.

–Yo también quería verte –le dijo la niña. Su voz se parecía a la de Kumi Adachi. La frontera entre la realidad y lo que imaginaba se había desdibujado. Cuando se esforzaba por discernir los lindes, el cuenco se inclinaba a un lado y los sesos reblandecidos se zarandeaban.

–Debí haber empezado a buscarte mucho antes. Pero no pude.

-Todavía hay tiempo. Puedes encontrarme -dijo la niña.

-¿Cómo puedo encontrarte?

No hubo respuesta. La respuesta no se expresaba con palabras.

-Pero puedo buscarte -dijo Tengo.

-Porque una vez yo te encontré.

-¿Me encontraste?

-Búscame -dijo la niña-. Ahora que aún hay tiempo.

La cortina blanca osciló suavemente sin hacer ruido, como el espectro de alguien que no pudo huir a tiempo. Eso fue lo último que vio Tengo.

Cuando volvió en sí, estaba echado en una estrecha cama. Habían apagado la luz y el resplandor de las farolas de la calle que entraba por un resquicio de las cortinas iluminaba débilmente la habitación. Estaba en camiseta y *boxers*. Kumi Adachi sólo llevaba la camiseta del *smiley*. Debajo de la camiseta, que le quedaba grande, no llevaba nada. Su blando pecho rozaba a través de la camiseta el brazo de Tengo. En su mente todavía resonaba el canto del búho. Incluso ahora, la arboleda permanecía en su interior. El bosque nocturno se hallaba dentro de él.

Aun estando en la cama con la joven enfermera, Tengo no sentía ningún deseo. Kumi Adachi tampoco parecía tener muchas ganas de hacer el amor. Solamente recorría su cuerpo con las manos y emitía una risilla. Tengo no entendía qué le parecía tan gracioso. Quizás alguien, en alguna parte, hubiera sacado un cartelito con la indicación «RISAS».

«¿Qué hora será?» Irguió la cabeza en busca de algún reloj, pero no vio relojes por ninguna parte. De súbito, Kumi Adachi dejó de reír y rodeó con sus brazos el cuello de Tengo.

-Yo volví a la vida. -El tibio aliento de Kumi Adachi le acarició la oreja.

-Volviste a la vida -repitió Tengo.

-Es que yo ya morí una vez.

-Moriste una vez -reiteró él.

-Una noche en que cayó una lluvia fría -dijo ella.

-¿Por qué te moriste?

-Para resucitar de esta forma.

-Resucitaste -dijo Tengo.

-Más o menos -susurró ella-. Bajo distintas formas.



Tengo reflexionó sobre lo que acababa de decir la chica. ¿Qué narices significaba *resucitar más o menos, bajo distintas formas*? De su sesera, reblandecida y pesada, rebosaban brotes de vida, como en un mar primigenio. Sin embargo, nada de eso lo conducía a ninguna parte.

–¿De dónde saldrá la crisálida de aire?

–Ésa es una pregunta equivocada –dijo Kumi Adachi, y se rió.

La enfermera se contorsionó sobre el cuerpo de Tengo. Éste pudo sentir el pubis de la chica sobre su muslo. Tenía un vello denso y oscuro. Parecía una parte más de su pensamiento, también denso y oscuro.

–¿Qué hace falta para volver a la vida? –preguntó Tengo.

–El principal problema de la resurrección –anunció la menuda enfermera como si fuera a revelar un secreto– es que uno no puede resucitar para sí mismo. Sólo puede hacerlo por otro.

–Eso era a lo que te referías con *más o menos y bajo distintas formas*.

–Debes irte de aquí cuando amanezca. Antes de que se cierre la salida.

–Debo irme de aquí cuando amanezca –repitió Tengo.

Ella volvió a rozar el muslo de Tengo con su abundante vello púbico. Parecía que pretendía dejar algún tipo de *señal*.

–La crisálida de aire no viene de ninguna parte. Por mucho que la esperes, no vendrá.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque ya morí una vez –dijo ella–. Morir es doloroso. Duele más de lo que crees. Y te sientes inmensamente solo. Tan solo que parece imposible que alguien pueda sentir tanta soledad. Recuérdalo. Pero, ¿sabes?, al fin y al cabo, lo que no muere no puede resucitar.

–Lo que no muere no puede resucitar –dijo Tengo.

–Sin embargo, viviendo nos dirigimos hacia la muerte.

–Viviendo nos dirigimos hacia la muerte –repitió él, incapaz de comprender qué pretendía decirle Adachi.

La cortina blanca seguía meciéndose con el viento. En el aire del aula se mezclaban los olores de la pizarra y de la lejía. El olor del humo que producía la hojarasca al arder. Alguien practicaba con una flauta. Ella lo sujetaba con fuerza de la mano. De cintura para abajo él sentía una dulce punzada. Sin embargo, no tenía una erección. «Eso vendrá después.» La palabra «después» le prometía la eternidad. La eternidad era un largo palo que se extendía hasta el infinito. El cuenco se inclinó de nuevo, y los sesos, reblandecidos, se bambolearon.